

El difunto arzobispo de Whately era un gran trabajador intelectual, y necesitaba dormir lo bastante para reparar sus fuerzas. Conocía perfectamente que el cerebro se debilita sometido á un continuo y largo trabajo, especialmente de noche. En consecuencia, adoptó un método para asegurarse el reposo y el sueño. Un día de invierno, un amigo médico acompañó al doctor Field al palacio arzobispal de Redesdale, en Stillorgán. El suelo estaba cubierto con dos pies de nieve, y el termómetro se hallaba casi bajo cero. Al pasar ambos doctores, vieron un anciano labrador derribando un árbol, mientras que la nieve caía, azotando sin piedad su arrugado rostro. Uno de ellos exclamó: « ¡Qué cruel debe ser el amo de este hombre! » El otro dijo: « Ese labrador á quien usted supone víctima del despotismo del prelado, no es otro que el arzobispo, que se está curando la jaqueca. Cuando su señoría ha leído y escrito más de lo ordinario, y siente dolor ó confusión en el cerebro, se desembaraza de ellos saliendo al campo con un hacha, y derribando algún fuerte árbol. Tan pronto como se siente sudoroso se mete en la cama, se envuelve en mantas de Limerick, se duerme profundamente, y luego se levanta completamente bien ».

¡Pero cuánto no podría decirse de los que no solamente no procuran conciliar el sueño, sino que, en su ardor por el trabajo, hacen lo posible por impedir-

fijarse en una sola sensación, el sensorio abdica su trono y la facultad hipnótica lo precipita en el olvido. »

El doctor Southey adoptó otro método. Decía á Jacobo White: « Seguid mi práctica de hacer que vuestra última ocupación del día no tenga mucha conexión con las anteriores, y podréis dormir con la misma facilidad que un niño. »

lo ! Algunos toman café, otros te, bebidas espirituosas ú opio. Mister J. C. London, mientras escribía su *Encyclopædia of Cottage, Farm, and Villa architecture*, tomaba fuertes dosis de café para mantenerse despierto. Su esposa le acompañaba en estos esfuerzos literarios. « El trabajo, dice misstres London, que exigía esta obra era inmenso, y durante varios meses él y yo acostumbráramos á velar la mayor parte de la noche, no durmiendo más que cuatro horas, y tomando café cargado para mantenernos despiertos. No obstante un fuerte ataque de fiebre reumática que le produjo una anquilosis en la rodilla izquierda, y no poco daño en el brazo derecho, con pérdida del uso de sus manos y dedos, continuó dictando el resto de su obra, y llegó hasta los sesenta años, época en que murió de una pulmonía ¹.

El café ha sido el gran favorito de los escritores, á causa de la agradable excitación que produce en la mente. Aunque á las personas linfáticas les es provechoso su uso, es perjudicial para las de temperamento nervioso, sobre todo si lo toman con exceso. El café era la bebida favorita de Zimmerman, pero le ponía en un deplorable estado de melancolía. « Para mantenerme despierto, decía Carlos Pongeus, tomo diez tazas de café al día, y echo en la última un poco de sal para que obre con más actividad ». Interrumpió sus estudios un ataque de ceguera, y así terminó la prueba de lo que podía producir su cerebro sobreexcitado.

1. Hallándome estudiando en Granada, allá por el año 1873, recuerdo haber visto á muchos compañeros, en visperas de examen, pasar la noche en vela, tomando, para ahuyentar el sueño, bolas de café crudo hechas con hostias, lo cual les producía extraordinaria excitación nerviosa. — (N. del T.)

Michelet se levantaba á las seis de la mañana, bebía café, y empezaba su trabajo. Trabajaba durante seis horas, bebiendo café de cuando en cuando. Decía que el café le sostenía. « No, dice Deschanel; el café le exaltaba. Lo vemos en su estilo, lleno de llamaradas, pero también de sacudidas febriles »¹. Michelet mismo atribuía el espíritu revolucionario del siglo XVIII al consumo del café, y la condición inquieta del espíritu francés en estos últimos años al uso cada vez mayor del tabaco.

Claudio Bordelieu, el célebre joven médico, que debió conocer mejor esta materia, por más que los médicos son tan descuidados como los demás hombres en cuanto á la salud, bebía mucho café para mantenerse despierto y poder continuar sus estudios: y cuando se vió atacado de insomnio, tomó opio para procurar descanso á su cerebro. Pero no hay constitución capaz de soportar este régimen, y el brillante médico murió en edad relativamente temprana.

El te es otro excitante, acaso más estimulante para el cerebro que el café. El doctor Johnson lo usaba en abundancia: á veces bebía unas veinte tazas seguidas, aunque las tazas de entonces eran más pequeñas. Mistress Piozzi refiere que á veces estaba levantada, y haciendo te para él, hasta las cuatro de la mañana. Aunque Johnson no se daba cuenta de ello, el beber te con tal exceso fué probablemente en gran parte causa de sus insomnios y de su temblor nervioso². En cierta

1. Emilio Deschanel, *Physiologie des Écrivains et des Artistes*, página 172.

2. « Una especie de narcotismo crónico, cuya verdadera existencia se ignora generalmente, pero que se halla en verdad bien definida y se fácil de identificar, es el producido por el exceso habitual en el

época, Johnson bebió licores espirituosos, y bebió de firme. Mas, como tuvo la franqueza de confesar, pudo abstenerse, pero no hubiera podido moderarse. Como Hanna More le instase un día en la mesa del obispo Porteus á que tomase un poco de vino, le replicó: « No puedo beber *un poco*, amigo mio: por eso jamás lo pruebo. *La abstinencia* es mucho más fácil para mí que lo sería *la templanza* ». De aquí su afición al te, y su defensa de este popular brebaje, cuando fué atacado con virulencia por mister Jones Hanway¹.

Hazlitt se deleitaba con el te, que era su Hipocrene; aunque este brebaje le ponía en estado de fiebre continua. No bebió jamás sino te negro, y era muy cuidadoso en cuanto á su calidad, empleando siempre el más caro que podía encontrar. Mientras vivió, sólo acostumbraba á gastar una libra por semana. « Una taza de te de Hazlitt, dice mister Patmore, era una cosa especial; jamás he probado nada semejante. El mismo lo hacía siempre; llenaba á medias la tetera de te, echaba encima agua hirviendo, lo servía casi inmedia-

te y el café. Hay muchos puntos de diferencia en la acción de ambas sustancias tomadas con exceso tóxico, pero tienen un rasgo común y constante, que es la producción del temblor muscular... La influencia paralizadora de las dosis narcóticas del te se desarrolla más tarde merced á la producción de una especie de dispepsia particularmente rebelde; mientras que el café trastorna la acción del corazón hasta un punto desastroso. Creo que el uso intemperante de estos narcóticos causa mucho mayor número de enfermedades que lo que se supone. » Doctor Austie. *On stimulants and narcotics*, (*Sobre los estimulantes y narcóticos*), páginas 249 y 250.

1. En su folleto, Johnson se describe á sí mismo como á « un empedernido y desvergonzado bebedor de te, que durante muchos años ha diluido sus manjares únicamente con la infusión de esta planta fascinadora; cuya tetera apenas tiene tiempo de enfriarse; que con el te distrae la tarde, con el te presta solaz á la media noche y con él saluda á la mañana. » Esta última frase fué entonces parodiada por Tyers: « *Te veniente dié, te decedente.* » —Croker, *Johnson*, 8.^a edición, pág. 105.

tamente, y lo tomaba con gran cantidad de azúcar y leche. A juzgar de su efecto por mí mismo, diré que la cantidad de este te que bebía Hazlitt le produjo al fin los más perniciosos efectos, y es muy probable que apresuró su muerte, la cual tuvo lugar á consecuencia de una enfermedad de los órganos digestivos. Pero su efecto inmediato era agradable, hasta llegar á cierto grado de fascinación; y no sintiendo ninguna reacción subsecuente á consecuencia de él, continuó bebiéndolo hasta el fin, á pesar de dos ó tres ataques semejantes al que le causó la muerte » ¹.

Esto, sin embargo, era un abuso del agradable brebaje. Hazlitt pudo, de igual modo, haber abusado de la carne y hasta del agua. Antes de darse á beber te, había abusado de los licores espirituosos, que probablemente tuvieron tanta parte en su enfermedad de estómago y de hígado como su abuso del te. Haydon, en su *Autobiografía*, dice de Hazlitt, el 25 de junio de 1815, justamente después de la batalla de Waterlóo: « Por lo que toca á Hazlitt, no es creíble cuánto le ha afectado la derrota de Napoleón. Parecía postrado en el alma y en el cuerpo; andaba sin lavarse y sin afeitarse, muy sobrio de día, y siempre borracho por la noche, literalmente y sin exageración durante semanas enteras; hasta que al fin, como si despertase de su estupor, renunció á los licores estimulantes, y no volvió á probarlos en adelante » ².

Muchos trabajadores intelectuales, sin embargo, no poseen la fuerza moral suficiente para abstenerse del

1. P. G. Patmore, *My Friends and Acquaintances*, II, páginas 312 y 313.

2. *Autobiographie de Haydon*, por Taylor, I, pág. 279.

alcohol en favor del te. Hay bastante excitabilidad de ordinario en el cerebro de los pensadores, para mantenerse despiertos sin necesidad de recurrir á métodos artificiales. Éstos sólo sirven para exagerar el estado de vigilia, que debería más bien ser preservado que provocado por los estimulantes narcóticos. Llevado hasta el exceso, el uso del alcohol, en cualquiera de sus formas, produce, lo mismo moral que físicamente, daños en el trabajador cerebral. Aunque los bardos han cantado sus alabanzas en todas las edades, los mayores poetas no han debido sus triunfos á la inspiración artificial. Milton decía que el verdadero poeta épico que cantara á los dioses, para bajar después entre los hombres, debí beber agua en una escudilla de madera. Wordsworth se declara á sí mismo « un simple bardo bebedor de agua », aunque otra cosa haya ocurrido con los poetas de su tiempo y de las anteriores generaciones » ¹.

Hessius, poeta alemán del siglo xvi, pensaba que no podía haber mayor deshonra que ser vencido en una orgía; y Drummond dice de Ben Jonson que « beber era su elemento. » « Su rudo rostro, dice Au-

1. « Si de algún modo podemos estimular este instinto (el poético), nuevas sendas se abren en la naturaleza por donde corre la mente á través de las cosas con más violencia é impetuosidad y se hace posible la metamorfosis. Esta es la razón de que los bardos sean aficionados al vino, al hidromiel, los narcóticos, al café, al té, al opio, al humo del sándalo y del tabaco ó á cualquiera otra especie de excitantes que produzcan alegría animal... Pero jamás se puede obtener ninguna ventaja de la naturaleza por medio de artificios. El espíritu del mundo, la presencia del Criador que difunde la tranquila calma no procede de las brujerías del opio ó del vino. La sublime visión se ofrece al alma pura y sencilla que habita en un cuerpo limpio y casto. Lo que debemos á los narcóticos no es inspiración, sino una excitación y arrebató fingidos. » — Emerson, *Essays*, « El poeta ».

brey, estaba lleno de costurones y cicatrices á causa de los alegres excesos que ejercían influencia sobre su temperamento escorbútico.» Después de tragarse « un mar de vino de Canarias » en el « Mermaid »¹, iba tambaleándose á su casa para acostarse, y tras un abundante sudor se levantaba de nuevo para dedicarse á sus estudios dramáticos. Hasta se dice que Shakespeare murió poco después de una francachela con Ben Jonson y Trayton en Stratford-ou-Avon, donde « bebió de firme »; aunque Carlos Knight dice que esta tradición, por más que todavía subsiste, no merece entero crédito. Sin embargo, Shakespeare, cuando vivía en Londres era frecuente parroquiano del « Mermaid », con Beaumont, Fletcher, Carew, Donne y Jonson, y sabido es que no era virtud en aquellos tiempos la templanza en el beber. Marlowe fué muerto en una riña de borrachos á los treinta años. Greene, el autor dramático, llevó una vida tan turbulenta como Marlowe. Según confesión del mismo, « la glotonería y la borrachera eran su única delicia. » Después de caer de degradación en degradación, « murió de un atracón », hallándose en tal estado de pobreza que no podía salir de la cama por falta de vestidos.

Cowley murió de una fiebre que cogió por haber pasado una noche acostado en el campo; había estado cenando con un amigo, y había bebido tanto que no pudo dar con el camino de su casa². Lovelace, que cantó en loor del vino, murió, según dice Aubrey, en una bodega en Long Acre. Otway murió en una taberna en Tower Hill, unos dicen que de hambre, y

1. *La Sirena*, título sin duda de una taberna. — (N. del T.)

2. *Anecdotes*, de Spence, (edición de 1838), pág. 10.

otros que de una borrachera¹. Boyse fué atropellado por un coche simón estando borracho; y Savage, que durante la última parte de su vida vivió principalmente bebiendo, murió en la cárcel de Bristol. Entre otros famosos bebedores de aquella época figuran Rochester, Congreve, Shéffield, Párnell, Chúrchill, Prior y Shadwell. Andrés Marvell bebía vino en abundancia para excitar su musa. Shenstone dice de Sommerville, su hermano en poesía, que « se bebía los dolores del cuerpo para librarse de los del alma. »

Addison, cuando le irritaba su mujer, la condesa de Warwick, recurría á la taberna y buscaba consuelo en el vino. Hay una habitación en Holland House donde Addison compuso sus últimos escritos; había una botella de Canarias encima de una mesa en un extremo de la habitación, y Addison la acariciaba con tanta frecuencia, que antes de acabar un pliego de papel la botella estaba vacía. Steele era un borracho, y escribió muchos de sus artículos para *The Tatler* en las tabernas que frecuentaba. Hasta el correcto Pope se dice que apresuró su muerte bebiendo licores espirituosos y comiendo platos condimentados con muchas especias. Cuando Goldsmith fué embargado y preso por su propiedad para que le pagase el alquiler, envió un recado al doctor Johnson para darle cuenta de su desgracia. El doctor le envió una guinea, y prometió ir en seguida, como lo hizo. Pero Goldsmith había cambiado inmediatamente la guinea y « tenía una botella de Madera y un vaso delante » cuando llegó su amigo, Johnson tapó la botella, y preguntó á Goldsmith cómo pensaba pagar el alquiler. Éste le respon-

1. *Ibid.* pág. 162.

dió que tenía el manuscrito de una novela dispuesto ya para la imprenta. ¡Este manuscrito era *El Vicario de Wakefield!* Johnson se lo llevó á un librero y lo vendió por sesenta libras; pagóse el alquiler, retiróse el alguacil, y Goldsmith, después de echar un regaño á la propietaria, ¡insistió para que ésta le diese un tazón de ponche!

Los excesos del poeta Burns son muy conocidos y con frecuencia se ha hecho uso de ellos para deducir una lección moral. Pero él tenía muchas tentaciones, y caía en ellas como habían caído otros hombres más fuertes. Como le hiciese cargos una señora amiga íntima suya, por reunirse con bebedores, le respondió: « Señora, no me agradecerían mi compañía si no bebiese con ellos; por eso tengo que darles un pedazo de mi salud. » Hasta el reverendo Logan, autor de *The cuckoo* (*El cuclillo*) y de muchos himnos y paráfrasis, buscó remedio á la melancolía en el fatal consuelo del vino. En cierta ocasión se olvidó hasta tal punto de lo que se debía á sí mismo, que se mostró en el púlpito en estado de embriaguez. Abandonó la iglesia por la prensa, y terminó su agitada vida como un simple literato en Londres.

Sir Walter Scott era hombre de costumbres sobrias. Perc no por esto hubiera podido realizar tal suma de trabajo intelectual. Lo único que se permitía en materia de alcohol era, en ciertas ocasiones, un gran vaso de aguardiente de coco, que prefería al más precioso « rubí líquido » que pudiera correr de la copa de un príncipe. Redujo esta cantidad á medida que se hacía viejo, y fumaba un cigarro ó dos en su lugar. Tuvo cuidado de poner en guardia á su hijo contra las bebidas fuertes. « Hasta el beber lo que se llama cierta

cantidad diaria, le decía, hace daño al estómago, y el vuestro, por razón de herencia, es delicado. »

Byron era intemperante á ratos y por capricho. Hubo un tiempo en que casi se dejaba morir de hambre, y fumaba y mascaba tabaco para evitar la gordura, que le inspiraba horror; pero en otras épocas bebía con exceso. Muchas de sus poesías se dice que fueron compuestas bajo la influencia de la ginebra. El vino y el láudano le volvieron huraño, desconfiado y pendenciero. « La cosa que más me inspira, decía, es una dosis de sal, pero no la puedo tomar como el *champagne* »¹. Parece que hubo ataques de locura en la vida de Byron, como lo prueban su malhumor, su melancolía y su misantropía. Él mismo temió con frecuencia ser víctima de tal enfermedad, y morir al fin como Swift. Haydon tenía otro concepto de su carácter. « Estoy convencido, decía, de que los excesos de Byron no procedían de amor al vicio, sino del deseo de experimentar una nueva sensación. Después de una escena de desenfreno se marchaba precipitadamente en su góndola y pasaba la noche en el agua. A bordo de un barco griego oyéronle decir, tomando un yatagán: « ¡Cómo desearía experimentar la sensación del asesino! »

Keats, para consolarse de la maliciosa crítica con que fué acogido su *Endymion*, cayó en el delirio de la bebida; pero á esto siguió un desaliento, casi rayano en la desesperación. Haydon, que le conoció íntimamente, dice: « Durante seis semanas se mostró apenas

1. Moore, *Life of Byron*, pág. 536. Por la misma razón Dryden, antes de sentarse á estudiar y componer, tomaba una medicina y observaba uncuidadoso régimen en la bebida y comida.

sobrio; y para demostrar lo que un hombre puede hacer para satisfacer sus apetitos cuando éstos se apoderan de lo mejor de él, se llenó una vez la lengua y la garganta, hasta donde le fué posible, con pimienta de Cayena, á fin de apreciar « la deliciosa frescura del clarete en toda su gloria », según su expresión » ¹.

Había dos cosas sin las que no podía pasar el amable Carlos Lamb, una representación de polichinelas en la ciudad y una taberna en el campo. Durante los largos paseos que daba en los alrededores de Hampstead é Highgate, tenía siempre á la vista la perspectiva de alguna taberna al borde del camino. « Ya hemos andado una *pinta* », hubiera podido decir ². En una ocasión le acompañaba el profesor Wilson en una excursión cuando de pronto desapareció Lamb. Wilson se volvió y entró detrás de él en una taberna, sorprendiéndole en el momento de dar la orden de que le sirviesen « una pinta de porter ³. » « Haz que traigan un jarro », dijo Wilson por encima del hombro de Lamb, y recibió por respuesta una mirada agradecida. Pero hacia el fin de la vida de Lamb, dice mister Proctor que la pipa era la única cosa en que realmente se excedía. Lamb intentó abandonarla, y escribió su *Farewell to tobacco* (*Adiós al tabaco*); pero el tabaco, dice, no se apartó de su imaginación, y volvió á ser su ídolo; y

1. *Autobiografía*, de Haydon, por T. Taylor, II, pág. 9. En una de las cartas de Keats se lee el pasaje siguiente: « Hablando del placer, en este momento estoy escribiendo con una mano y con la otra acerco á mi boca un melocotón. ¡ Dios mío, qué delicado! Lo encuentro suave, pulposo, jugoso y toda su deliciosa carne se derrite á través de mi garganta como una grande y hermosa fresa. » Lord Houghton, *Life and Letters of Keats* (edición 1867), pág. 260.

2. P. G. Patmore, *My Friends and Acquaintances* I, pág. 32.

3. Cerveza negra muy amarga. — (N. del T.)

como Robert Hall, el ministro congregacionista, continuó fumando ¹. El poeta Cowper tenía gran intimidación con el reverendo Guillermo Bull, el ministro disidente en Olney. Describía al reverendo señor como « un literato y hombre de genio, que puede calificarse de vivo sin ligereza y de pensativo sin tristeza. Pero, añadía, ¡ fuma! ¡ nadie es perfecto! *Nihi est ab omni parte beatum.* »

De Quincey y Samuel Taylor Coleridge abusaban del opio. De Quincey dejó en sus *Confesions of an Eater* (*Confesiones de un fumador de opio*), la más viva descripción que jamás se hizo de los goces delirantes y de los agonizantes horrores del abuso del opio. Coleridge recurrió primero al opio para alivio de sus dolores; halló el alivio que necesitaba y recurrió al opio de nuevo. La afición fué en aumento, el uso de la droga se convirtió en hábito; con cada dosis fué disminuyendo la fuerza de voluntad para resistir, hasta

1. El reverendo Roberto Hall aprendió á fumar en compañía del doctor Parr, que era tan gran erudito como excelente fumador. Un amigo encontró un día al predicador echando una inmensa nube de humo, y mirándole éste sorprendido, le dijo Hall: « Estoy únicamente haciéndome digno de la compañía de un doctor en teología, y ésta, añadió levantando su pipa, es mi testimonio de admisión. » Un miembro de su congregación le echó en cara lo perjudicial de este hábito y le dejó un ejemplar del folleto del doctor Adam Clarke, *On the Use and Abuse of Tobacco* (Acerca del uso y del abuso del tabaco), rogándole que lo leyese. Al cabo de pocos días, mister Hall se lo devolvió con esta nota: « Le doy las gracias por el folleto de Adam Clarke; no puedo refutar sus argumentos ni puedo dejar de fumar. » Era más vehemente en su condenación del brandy (aguardiente). Un ministro de su misma comunión, muy aficionado á su uso, le dijo un día: « Amigo Hall, le agradecería un vaso de brandy. » — « Llamadle por su verdadero nombre, le replicó; pedid un vaso de fuego líquido y condenación destilada, y os serviré un galón. » El hombre se puso pálido, y pareció durante unos momentos luchar con la cólera que sentía. Al fin le tendió la mano, y dijo: « Hermano Hall, le doy las gracias desde el fondo de mi corazón. » A partir de aquel momento dejó de tomar brandy. — *Olinthus Gregory's Memoir.*

que al fin la afición al opio se convirtió en imperiosa necesidad ¹. Llegó á un exceso que rara vez ha tenido igual, pues destruyó sus facultades; le indispuso con su familia, y casi por espacio de catorce años le tuvo en miserable estado. Su inteligencia enfermó y perdió su solidez; su memoria flaqueó y su voluntad quedó paralizada. En sus momentos lúcidos se daba cuenta de su propia degradación; pero habiendo perdido todo dominio de sí mismo y la fuerza de carácter, continuó sujeto por las cadenas que él mismo había forjado. Afortunadamente, merced á grandes esfuerzos, pudo al fin romper sus lazos y emplear el resto de sus años con relativa honra y provecho, aunque lleno de dolencias y sufrimientos.

Desgraciadamente, sin embargo, la afición á los narcóticos no muere con la víctima, sino que, como herencia ponzoñosa, se transmite á la sangre y al cerebro de los que han de nacer. Hartley, el hijo de Coleridge, aunque dotado de notables dones, se vió arrastrado por la afición á la bebida, que destruyó completamente su vida. Era espiritual, y al mismo tiempo sensual; vivía en medio de ensueños y se dejaba llevar de los impulsos; era incapaz de dominar sus deseos, y su vida llegó á ser un verdadero naufr-

1. San Agustín explica del modo siguiente el progreso de un deseo no contrariado en el corazón humano, lo cual puede aplicarse á la afición á las bebidas fuertes, al opio y á los narcóticos en general: « Ex voluntate perversa, facta est *libido*; et dum servitur libidini, facta est *consuetudo*; et dum consuetudini non resistitur, facta est *necessitas*. » — *Confes.*, lib. VIII, cap. pág. 5. pár. I, (a).

(a) Esta cita, que hemos rectificado con el texto original, pues como todas las latinas estaba equivocada, quiere decir: « De la voluntad pervertida nace el *deteite*; al condescender con éste se forma al *costumbre*, y desde el momento que no es posible resistir á ésta se crea ó resulta la *necesidad*. — (N. del T.)

gio. « Canta como un querubín y bebe como un pez. » Perdió su amistad con Oriel á causa de su intemperancia. Se consagró á las letras, pero su enfermedad le persiguió siempre. Mientras se hallaba en Leeds escribiendo el *Yorkshire Worhties*, desaparecía durante días y semanas enteras; eran enviados en busca suya los mozos de la imprenta, y generalmente le hallaban en una obscura cervecería ¹. Fué á los Lagos y continuó lo mismo. Uno de sus amigos dejó de frecuentar su trato. « Era tan ridículo y digno de lástima encontrar á la pobre é inocente criatura en medio de los más deliciosos paisajes del mundo y de las bellezas del verano borracho perdido á las diez de la mañana! » Así continuó hasta el fin. Y, sin embargo, Hartley era una de las criaturas más cariñosas y amables. Que se daba perfectamente cuenta de lo miserable de su vida, se deduce evidentemente de sus numerosas y melancólicas quejas en estancias y sonetos; pero su voluntad estaba paralizada. « Conoció el bien y, sin embargo, siguió el mal camino », halló la tentación antes de llegar á la mitad de su existencia, y cayó sometido á sus pies como una víctima perfectamente resignada.

Edgardo Allan Poe, ese genio vívido y caprichoso, fué otra víctima de la falta de voluntad. Es posible que esto fuera debido, en gran parte, á su desdichado origen y á su perversa educación. El veneno, como ocurrió en el caso de Hartley Coleridge, puede haber sido introducido por herencia en su sangre y cerebro. Y esto le hace acreedor á nuestra piedad y considera-

1. Hace algunos años, siendo el que esto escribe redactor de *Los Debates*, periódico dirigido por D. José Luis Albareda (1878 á 1880), oyó contar un caso análogo relativo al genial y malogrado Becquer. — (N. del T.)

ción más bien que á una rigurosa condena. Nosotros jamás podemos indicar las causas próximas y mucho menos las más remotas que conducen á un hombre á la perdición. Vemos sus locuras, pero no los principios que le predisponen á ellas. Somos testigos de sus errores pero no tenemos idea de su fragilidad inherente ni de sus tentaciones. Para emplear las palabras de Burns :

Podemos calcular parcialmente lo hecho, pero no la resistencia que se ha opuesto.

Muchos literatos que trabajan para ganarse la vida, ó por conquistar dinero ó fama, se han visto atacados, en ocasiones, de la enfermedad de los eruditos, del *Morbus Eruditorum*. Esto es completamente independiente de su afición á los narcóticos. Es simplemente el resultado de la sobreexcitación del cerebro; porque cuanto más delicado es un instrumento, tanto más expuesto se halla á desafinarse. Hasta los médicos que conocen el resultado del excesivo trabajo cerebral, se muestran á veces tan descuidados en lo relativo á sus salud como los que escriben por el pan de cada día. Hállér, por ejemplo, trabajó excesivamente con el cerebro. Vivía en su biblioteca, allí comía, allí dormía y á veces pasaba meses enteros sin salir de ella. Bichat también acortó su vida con su excesiva aplicación al estudio. Su constitución se halla tan minada por él, que una caída accidental de cabeza le hizo experimentar tal sacudida, que no volvió á reponerse, y murió á la temprana edad de treinta y un años.

El difunto doctor Todd, el fisiólogo, acortó su vida á causa de su afición al estudio y á la ciencia. Acostumbraba á levantarse á las seis. Después de dos ó tres

horas de trabajo mental, despachaba rápidamente su desayuno y salía á visitar á sus enfermos, lo cual le ocupaba la mayor parte del día. A última hora, cuando ya sus fuerzas físicas estaban agotadas, comía y después se ponía á trabajar en su *Cyclopædia of anatomy and physiology* (Enciclopedia de anatomía y fisiología) ó en su *Physiological anatomy and physiology of man* (Anatomía fisiológica y fisiología del hombre), obras que fueron publicadas al mismo tiempo. Naturalmente, ninguna constitución humana puede soportar semejante esfuerzo corporal é intelectual. Su cerebro se hallaba agotado por el trabajo, su cuerpo falto de ejercicio y su estómago se cargaba de alimentos que no podía digerir; y de esta suerte este brillante y útil médico murió á la edad de cincuenta años.

Los trabajadores intelectuales requieren más reposo que todos los demás. Y debe evitarse, sobre todo, cualquier tentativa que tienda á estimular el órgano del pensamiento sacándole de su actividad normal. El sueño abandonó al pobre Goldsmith hacia el fin de su carrera, hasta que durmió « el sueño de que no se despierta » á los cuarenta y cinco años. Su biógrafo dice de él: « Abandonáronle el sueño y el apetito, y en el estado de debilidad á que se vió reducido, esta necesidad de sueño pudo serle fatal. Entonces se le ocurrió al doctor Turton hacer á su enfermo una pregunta muy sutil: « El pulso de usted acusa un desorden mayor que el que corresponde al grado de la fiebre. ¿Está bueno su espíritu? — « No, no, » respondió melancólicamente Goldsmith¹. Estas fueron sus últimas palabras.

1. Forste, *Life of Goldsmith* (edición. 1863), pág. 461.